

Profesar el sexo:
Por el abandono de la “Misión de la Universidad”
y la imposición de *La Universidad como Misión*

por: Bernat Tort

Al profesor Victor Castro quien me enseñó la función revolucionaria del salón de clases.

“A State that does not intend to let its scientific policy be held hostage by forces that it is fighting against and that can make gains on the terrain of dogmatism or prescientific obscurantism must train philosophers and extend the field of philosophical analysis in its education programs. [...] It follows [...] that the permanent, founding, instituting crisis of philosophy will always have been simultaneously a crisis of the pedagogical.”

[Jacques Derrida 2002a, 106-107]

Estamos sin duda viviendo tiempos extraños, paradójicos incluso. Nunca antes había habido tanto acceso al conocimiento, tantas publicaciones de libros, tanta investigación científica, tantos derechos civiles, tanta libertad de expresión, tantos medios para que el desarrollo del individuo no se viera truncado por el colectivo y sin embargo nunca ha habido tanta ignorancia, dogmatismo, estupidez, homofobia, sexismo y racismo. Estos últimos reclamos podrían parecer infundados ya que ciertamente es argumentable que en comparación al tiempo en que el sufragio femenino era tan sólo una quimera, en el tiempo en que la trata de esclavos estaba en vigencia, o los tiempos en que la “solución” al supuesto “problema” de la homosexualidad masculina era la castración química, el presente se asemeja mucho al paraíso terrenal. Sin embargo, difiero radicalmente de esta posible y común interpretación. Me parece y afirmo que en el presente hay más homofobia, sexismo y racismo que en ningún otro momento en la

historia de la humanidad. La razón es histórica y Nietzsche la entendió perfectamente cuando dijo lo siguiente:

“La curva de la capacidad humana de dolor parece de hecho bajar extraordinariamente tan pronto como dejamos a las espaldas los primeros diez mil o diez millones de hombres de la cultura superior; por lo que a mí respecta, no tengo ninguna duda de que, en comparación con una única noche de dolor de una mujer histérica culta, la totalidad de los sufrimientos de todos los animales a los que se les ha interrogado hasta ahora con el cuchillo para obtener respuestas científicas, no cuenta sencillamente nada.” [Nietzsche, 77]

Obviando el evidente sexismo y clasismo de la cita, podemos ver en ella el sentir de un cambio en la relación moderna con el dolor, cambio que queda evidenciado en las investigaciones de Foucault sobre el origen de la prisión y la tendencia moderna a suplantarlo el castigo físico por el encierro o castigo psicológico. Pero perderíamos el rastro de la razón de este cambio si pensásemos que es sólo la modernidad lo que ha cambiado. No es la Modernidad *per se* lo que trae el cambio que narra Nietzsche, sino la transformación y constitución del sujeto individual autoconsciente producto de esa modernidad post-tradicional. Sólo en la medida en que podemos pensarnos de manera no natural, sólo en la medida en que logramos vernos como multiplicidad virtual, como capaces de escoger entre muchos yoes posibles y en la medida en que somos responsables del yo que decidimos ser, podemos a su vez escapar del provincianismo, de las sociedades tradicionales. En esa misma medida es que mientras más se transforma el ser humano en un proyecto de sí, en tanta mayor medida es responsable de sus actos. Ser esclavista en la antigua Grecia, no sólo no era problemático sino que era sinónimo de ser libre y ciudadano, (aquel que estaba libre del trabajo era más humano que el que debía dedicar su tiempo a laborar para sobrevivir). En el siglo dieciocho se podía ser esclavista y buen cristiano al mismo tiempo y sin contradicciones. Ser sexista en los años cuarenta

no era simplemente tolerado, era lo correcto. En los años setenta en Puerto Rico gritarle “pato” a un profesor en el contexto de una lucha estudiantil era no sólo aceptable sino admirable entre la izquierda. Este mismo gesto en el siglo veintiuno es absolutamente inaceptable y vergonzoso y razón suficiente para retirarle el apoyo a un movimiento estudiantil, como sucedió a muchos luego del incidente entre algunos estudiantes del CUCA y el Profesor Rios Ávila. Ser homofóbico en un mundo post-Brokeback Mountain, Post-Ellen de Generes, Post-Will & Grace requiere de un acto consciente y reflexivo. Estamos tan expuestos a imágenes de hombres besándose, tenemos tanto acceso a pornografía gay, a series de televisión, a discusiones de radio y a artículos en la prensa sobre las enmiendas al código civil, está tan a flor de piel el tema, que nuestro entorno mediático nos impone a cada uno la tarea de plantarnos estos asuntos concientemente y tomar postura propia, la cultura contemporánea requiere que el homofóbico, si decide serlo, se vuelva programático.

Estar en contra del aborto, del matrimonio gay, de la investigación con células madre, o de la teoría de la evolución, requiere, en la actualidad, de un esfuerzo discursivo. Aquello que en otros momentos históricos pasaba desapercibido como “default position”, conflictos que otrora se camuflaban en un manto de naturalidad, hoy en día tienen necesidad de justificación, de retórica; exige, de sus defensores, decir en voz alta: “la homosexualidad está condenada en la Biblia”, “es anti-natura”, etc. Son estas las razones que me llevan a afirmar que nunca en la historia de la humanidad se había odiado tanto como en la actualidad ya que las personas que se dedican a odiar, a rechazar, a excluir, no lo hacen ya movidos por la inercia de la tradición, sino que lo hacen por vocación; odian como proyecto.

El nombre vulgar que se le da en los medios a este estado de cosas es “Crisis de Valores”, este es el código que designa y esconde lo que sería mejor llamado: la condición hipermoderna. En esta no estamos convocados ya a participar de una identidad consolidada y homogénea, sino a construir (dentro de las limitaciones que el capitalismo avanzado nos ofrece) nuestra identidad como si fuese un carrito de Lego. Los valores que se dice están en *crisis*, no lo están debido a que la gente ya no tenga valores, la crisis consiste en que la gente ya no tiene los mismos entre sí. La crisis no anuncia una falta de valores sino un excedente de los mismos, una ingente heterogeneidad de valores, de compra y venta en el mercado de las ideas. Más que una crisis en este sentido lo que vivimos es una crítica de los valores en sentido Kantiano. La gente está en busca de valores, los anaqueles de autoayuda, metafísica y religión en Borders siempre están repletos. Los televangelistas, gurúes, motivadores, pastores, curas, profesores mercenarios, ciertos psicólogos y toda suerte de charlatanes de una u otra calaña están haciendo su agosto constantemente en nuestra isla. La gente sale de compras espirituales y paga por el servicio profesional de la confección de valores hechos a la medida, y como buenos consumidores que son, si quedan insatisfechos, cambian de tienda.

Como decía al principio Estamos sin duda viviendo tiempos extraños, paradójicos incluso. Vivimos en tiempos extremadamente oscurantistas y a la vez sumamente filosóficos. Esto es sólo aparentemente contradictorio, ya que lo que ocurre es que el oscurantismo *es* la filosofía predilecta de nuestros tiempos. Lo que nos lleva al tema que nos convoca aquí hoy, la campaña publicitaria de abstinencia sexual: “La otra cara del sexo”.

Cuando la profesora Mara Negrón me preguntó si estaría interesado en participar de esta actividad, dirigida a criticar esta campaña, inmediatamente dije que sí. Pensé que nada podría ser más fácil que criticar la campaña; como dicen los amigos de Cultura Profética: “las razones sobran”. Pero mientras más lo pensaba y meditaba al respecto, menos cosas objetables veía en la campaña. No me mal interpreten, la campaña es horrenda; plantea problemas sobre el proyecto, si alguno, del discurso científico o pseudocientífico del E.L.A., plantea problemas de bioética médica, de clase, de género, de raza, de urbanismo y de biopoder entre otras, como muy bien ha señalado el profesor Juan Carlos Rodríguez en su sutilísima y minuciosa exégesis semiótica de la misma en el periódico Diálogo de este mes. Pero sigo sin hallar ningún problema con la campaña, en tanto que campaña gubernamental.

Lo que me llama la atención es nuestra reacción a la campaña y no la campaña misma. La pregunta que me interesa plantear hoy es, pues una pregunta reflexiva, auto-reflexiva (tan auto-reflexiva como la misma campaña cuya superficie especular es en muchos casos, precisamente el auto y es en todos los casos un auto-reflejo lo que se muestra). La pregunta es pues: ¿por qué estamos aquí hoy reunidos, desde la universidad, para criticar una campaña publicitaria? ¿Qué es lo que busca hacer la universidad y en particular los profesores que aquí nos reunimos a criticar? ¿Cuál es la naturaleza de nuestra profesión? ¿Qué significa profesar? Preguntas semejantes a estas fueron las que se hizo Jaques Derrida cuando pronunciara aquí en el 2002, en la facultad de pedagogía la conferencia titulada: *El provenir de la profesión o La Universidad sin condición (gracias a las Humanidades lo que podría tener lugar mañana)*¹. No es casualidad—y si lo fue, fue una casualidad muy oportuna, una conferencia kairológica—

¹ Ver: Derrida 2002b.

que Derrida pronunciase su conferencia en la facultad de pedagogía, ya que el problema planteado fue y es un problema pedagógico, fue un problema profesional, del profesar del profesor y, como quedó claro en el epígrafe, Derrida establece un vínculo e indisoluble relación entre la filosofía y la pedagogía. Volvamos al epígrafe de Derrida que es tomado de un ensayo titulado “La Crisis en la enseñanza de la filosofía”:

“Un Estado que no tenga la intención de dejar que su política científica sea secuestrada por las fuerzas contra las que lucha y que le pueda ganar terreno al dogmatismo y al oscurantismo precientífico debe entrenar filósofos y extender el campo del análisis filosófico en sus programas educativos. De lo anterior se sigue que la permanente, fundante e institutiva crisis de la filosofía ha sido siempre ya y simultáneamente una crisis de la pedagogía.” [Derrida 2002a, 106-107] (mi traducción)

Tres aspectos saltan a la vista en esta cita: i) que la filosofía parece, por definición, la contrapartida y remedio al dogmatismo y al oscurantismo precientífico; ii) que la filosofía está permanente y estructuralmente siempre en crisis; y iii) que existe una relación intrínseca y biunívoca entre la filosofía y la pedagogía de tal modo que, la crisis de la filosofía es siempre ya una crisis de la pedagogía. Para comprender mejor los puntos i) y ii) tenemos que distinguir, como lo hace Derrida, entre *La Filosofía* y las filosofías y entonces vemos por qué no es contradictorio decir que el oscurantismo es la filosofía predilecta de un Estado particular y que al mismo tiempo *La Filosofía* tenga como vocación y propósito erradicar el oscurantismo y el dogmatismo. Del mismo modo aquella filosofía que está permanentemente en crisis no es ninguna filosofía particular, sino *La Filosofía* misma. Así también, es ésta la filosofía que tiene una relación biunívoca con la pedagogía. De modo que es a ésta, a *La Filosofía*, a la que un Estado debe recurrir, si es que tiene intención de hacerle frente al oscurantismo precientífico y al dogmatismo y es en ella que debe entrenar filósofos que amplíen el campo de análisis.

El problema principal estriba en el condicional sobre el cual descansan las demás relaciones. Es decir, si el Estado en cuestión no tiene la intención de ganarle terreno al dogmatismo y al oscurantismo, entonces no se sigue que deba entrenar filósofos, sino todo lo contrario, debe este Estado debilitar sus facultades de filosofía y marginar lo más posible a los sectores pensantes del país. Esto se debe a que no hay una relación biunívoca entre estado y ciencia. Debido a que la ciencia no es normativa, un Estado verdaderamente democrático no tiene por qué privilegiar el discurso científico en detrimento de los demás discursos y fuerzas de interacción social. Como dice Paul Feyerabend:

“[T]here must be a formal separation between state and science just as there is now a formal separation between state and church. Science may influence society but only to the extent to which any political or other pressure group is permitted to influence society. Scientists may be consulted on important projects but the final judgment must be left to the democratically elected consulting bodies.” [Paul Feyerabend]

La democracia no tiene por necesidad que proteger o privilegiar el discurso científico. Y muy bien se puede argumentar que precisamente, y en la medida en que pretenda este Estado representar a su *demos*, a su pueblo, este debe responder al discurso científico sólo y en la medida en que su pueblo lo exija. Este es el gran peligro de la democracia: la dictadura de las mayorías. Razón por la cual sigo sin encontrar algo cuestionable en utilizar 1.2 millones de dólares para lanzar una campaña teo-heteronormativa que promueva la abstinencia y el matrimonio heterosexual. No veo cómo criticarle a un Estado, en el cual (si he de tomar a mis estudiantes como muestra representativa) el 70% de la población cree en el Diablo y en las sanaciones milagrosas, en el cielo y en la resurrección de Cristo, el que utilice el vocabulario visual y simbólico

de las creencias más representativas de su población para protegerlos contra las enfermedades venéreas.

Es por esta razón que no estamos aquí porque estemos sorprendidos con la campaña, sino porque debemos volcar nuestras energías en desarrollar estrategias que nos pretejan contra este Estado que ha sido ya de hecho tomado rehén por las fuerzas a las que nos oponemos. Es por esta razón que mi propuesta hoy va dirigida a atacar la institución y el concepto mismo de democracia como concepto rector de la universidad que hemos heredado, aquella que es producto de la teorización de Ortega y Gasset y su “Misión de la Universidad”. No estamos aquí para entrar en un debate democrático con el Estado ú otras fuerzas, sino para anunciar la creación y radicalización de una nueva Universidad antidemocrática.

La tarea de la antigua universidad cuya Misión estableciera Ortega y Gasset como “la ridícula tarea” de un doble movimiento, que utilizando la terminología derridiana, es a la vez constatativo ya que tiene que aculturar, transmitir y reproducir la cultura y legado que recibimos en herencia, constatando en esta enseñanza el estado del saber de su época y a su vez debe ser crítica de esta misma tradición de su propia tarea constatativa. Ésta Misión de la Universidad que se encarna en la Facultad de Estudios Generales, es la que propongo, con Derrida, debemos abandonar. Esta misión cumple simultáneamente una función democrática y cristiana, como se ve en la siguiente cita de “La Misión de la Universidad” de Ortega y Gasset:

“[H]ay siempre un sistema de ideas vivas que representa el nivel superior del tiempo, un sistema que es plenamente actual. Ese sistema es la cultura. [...] Al quedar el hombre bajo el nivel vital de su tiempo, se convierte —relativamente— en infrahombre.” [Ortega, 342-343]

La Misión de la Universidad y del profesor es, pues, salvar al ser humano de la infrahumanidad mediante el ejercicio pedagógico de la constatación de los saberes de su tiempo. El profesor de esta Universidad es un animal del presente, es un mediador para la efectuación de los valores democráticos de igualdad entre los seres humanos, de una igualdad producto de unos saberes comunes que los hermanan.

A esta visión de la universidad se opone la nueva, la que propone Derrida. La Nueva Universidad, la que hemos de tener *como Misión*, es una universidad del futuro; está temporalmente desubicada, sin lugar, es, como dice el subtítulo de la conferencia de Derrida: “lo que podría tener lugar en el futuro”. Este cambio es producto de la segunda tarea que Derrida le atribuye a la filosofía; además de ser auto crítica, la filosofía es deconstrucción. La deconstrucción no es, aunque tampoco se opone a, la radicalización del proyecto auto-crítico y onto-enciclopédico de la filosofía, sino la crítica de la crítica filosófica, es la puesta en cuestión de la reproducción del esquema de la filosofía como auto-crítica, de su pretensión de universalidad. Y por tanto, la deconstrucción implica una crisis de la pedagogía ya que la filosofía es y siempre ha sido una pedagogía. Y deconstruir la filosofía implica entonces deconstruir y transformar radicalmente la forma de enseñar filosofía. Es aquí donde viene al caso el segundo aspecto de la profesión o del profesar del profesor y es el poder performativo de la enseñanza. Un acto de habla performativo, según distinguió Austin, de quien Derrida toma el concepto, es aquel que en el hablar hace lo que dice. Por ejemplo, cuando un cura declara a una pareja marido y mujer o cuando un juez declara a un acusado culpable, la realidad del estar casados o del ser culpable toma lugar o acontece mediante la declaración misma. Es la sentencia del cura o del juez lo que hace que estén casados o sea culpable. Así mismo Derrida plantea

que la tarea genuina de las humanidades no es el constatar conocimiento ya adquirido sino que lo que hace el profesor es profesar, es una confesión anticipada con una estructura temporal teleológica que dice hoy lo que todavía no ha ocurrido. El que profesa anuncia la utopía, lo que todavía no ha tenido lugar, lo anuncia “como si” (y este “como si” tiene una importancia vital para Derrida) hubiese tenido lugar. El profesor es el profeta, que mediante su profesión preformativa actualiza el “como si” del como si ya hubiera tenido lugar. El profesor es, como Hamlet, el ser que se atribuye la tarea de restituir el tiempo a su cause, de devolver el provenir a su legítimo lugar, el ahora. “The Time is out of Joint—O cursed spite, That ever I was born to set it right!”

Rápidamente se deja ver el problema principal de esta caracterización del profesor como profeta. Esta visión de la enseñanza de la filosofía entra en oposición y conflicto con la antigua misión de la universidad. Tener la universidad como misión, profesar preformativamente el futuro como si fuera presente, es una tarea eminentemente antidemocrática. Profesar performativamente es imponer el futuro al presente, es obligar al estudiante a enfrentarse al futuro, no cuando éste esté preparado, no cuando lo espere, sino ahora cuando el futuro lo toma por sorpresa, cuando el futuro cuestiona, destruye y ridiculiza las nociones que constituyen la fibra misma de su ser.

La universidad es el “lugar donde nada está resguardado de ser cuestionado” [Derrida 2002c, 14] y la primera noción cuyo fundamento mítico engloba todas nuestras instituciones, es la noción de democracia. Si hemos de ser consecuentes con la misión y el legado de la Universidad moderna y hemos de poderlo decir todo, cuestionarlo todo, entonces podemos y debemos criticar también esta noción de democracia. En palabras de Derrida:

La universidad debería, por lo tanto, ser también el lugar en el que nada está al resguardo de ser cuestionado, ni siquiera la figura actual y determinada de la democracia; ni siquiera tampoco la idea tradicional de crítica, como crítica teórica, ni siquiera la autoridad de la forma “cuestión”, de pensamiento como “cuestionamiento”. [Derrida 2002c, 14]

Son precisamente estos dos elementos los que tiene anquilosada nuestra universidad, los que están estrangulando las posibilidades de tener la universidad que necesitamos.

Esta campaña publicitaria, por ejemplo, no es fácilmente criticable desde los parámetros y límites que nos presenta el discurso democrático tradicional. El problema de la campaña “la otra cara del sexo”, que es una campaña de terror, una campaña de desinformación, de oscurantismo, de estigmatización, de demonización y ataque al enfermo, de constitución del sujeto enfermo simultáneamente, en desecho humano y amenaza monstruosa, no es ninguna de estas características. Lo que constituye el problema central de la campaña tal como la entiendo es que es horrendamente democrática y representativa. Representativa de la gran masa acrítica que puebla nuestra isla. Representativa de la filosofía reinante: el oscurantismo precientífico.

La universidad debe rehuir de la democracia como el cristiano del Diablo. La misión de la universidad es la imposición performativa de un mundo que está por venir.

Esta universidad propuesta no es inédita. Anda asomándose por ahí de vez en cuando y de cuando en vez. Esta fue la Universidad que yo recibí, de manos de profesores como Víctor Castro, Nelson Rivera, Carlos Pabón, Lola Aponte Ramos, Rosa Luisa Márquez, Luís Pérez, Margarita Jergal y Hugo Rodríguez Bechini, por mencionar algunos. Estos profesores, en el sentido derrideano del término, me impusieron un mundo, me obligaron sin mi consentimiento y sin pedir excusas a ver un mundo que no era el mundo de fuera de los muros de la universidad. Me presentaron

performativamente un mundo sin sexismo, sin homofobia, sin racismo, “como si” fuese el mundo real. Estos profesores, proféticos, grabaron en mí las coordenadas de un mundo ficticio futuro cual si fuese este mundo. Viví por su ejemplo la posibilidad de usar el salón de clases como espacio revolucionario de cambio social.

En mi clase de alemán en el bachillerato, Víctor Castro nos puso la película *Taxi zum Klo* del director Frank Ripploh en la que se presentaba explícitamente una relación sexual homosexual. Fue la primera vez que vi un bicho entrando en un culo, a un hombre mamándose a otro hombre, fue demasiado repentino para ver anos y penes y penetraciones lo que vi fueron bichos y culos y mamadas y lechazos, y bigote con bigote y bigote con culo. El profesor no nos preparó, no dio una introducción; presentó la película “como si” fuera normal, “como si” fuese una película alemana más.

Esa experiencia nunca me ha abandonado, como estudiante me obligó a tomar postura, amplió mi abanico de posibles yoes entre los que escoger, me hizo querer vivir mi vida “como si”, para citar a la banda punk *Def Con 2*, lo mismo diera vagina que escroto.

Ante una campaña como esta, la única respuesta responsable del profesorado, es atacar conceptualmente al estudiantado, es hablar del deseo, de la sexualidad, de la multiplicidad de sexualidades, de la violencia contra la mujer (la campaña, no considera por un segundo la posibilidad de contraer una enfermedad venérea a causa de una violación), tenemos que hablar en el plural femenino, tenemos que radicalizar nuestros salones, tenemos que profesar el sexo del mañana siguiendo el ejemplo de Víctor Castro. Lo tenemos que hacer, porque por nuestros salones hoy, puede estar pasando el político del mañana y tenemos que prepararlo para que cuando un imbécil le

pregunte en un programa de radio: “¿es cierto que usted es homosexual?” conteste sin pensarlo un segundo: “sí, yo soy lesbiana”, que cuando le pregunten a otra si es o no lesbiana con la intención de desacreditarla públicamente, conteste enérgicamente: “yo practico la sodomía sexual” como lo hizo Margarita Sánchez durante las protestas contra el artículo 103, en los años noventa. Tenemos que hacer todo esto y más porque le tenemos que dar un golpe de estado a los demagogos e imbéciles que solicitaron, crearon y aprobaron esta campaña.

Resulta irónico que Hitler fuese electo democráticamente, que la democracia permita entre sus posibilidades al fascismo; más irónico aún resulta el tener la necesidad de proponer el desarrollo de una institución antidemocrática para poder mantener viva la posibilidad del acontecimiento de la democracia del porvenir.

Bibliografía:

- Derrida, Jacques (2002a). “The Crisis in the Teaching of Philosophy” en *Who’s Afraid of Philosophy: Right to Philosophy I*. Stanford: Stanford University Press. Pp. 99-116.
- Derrida, Jacques (2002b). *El Porvenir de la profesión o La Universidad sin condición*. San Juan: Postdata.
- Derrida, Jacques (2002c). *La Universidad sin condición*. Madrid: Trotta.
- Feyerabend, Paul (1981). “How to Defend Society Against Science” en Ian Hacking (1981). *Scientific Revolutions* (Oxford Readings in Philosophy). Oxford: Oxford University Press, pp. 156-167.
- Ortega y Gasset, José (1983) [1930]. “Misión de la Universidad” en *Obras Completas* (Tomo IV). Madrid: Alianza. Pp. 313-353.
- Nietzsche, Friedrich (1992). *La genealogía de la moral*. Madrid: Alianza.